

UN HOMBRE LIBRE Y ABIERTO

Juan José López Ibor

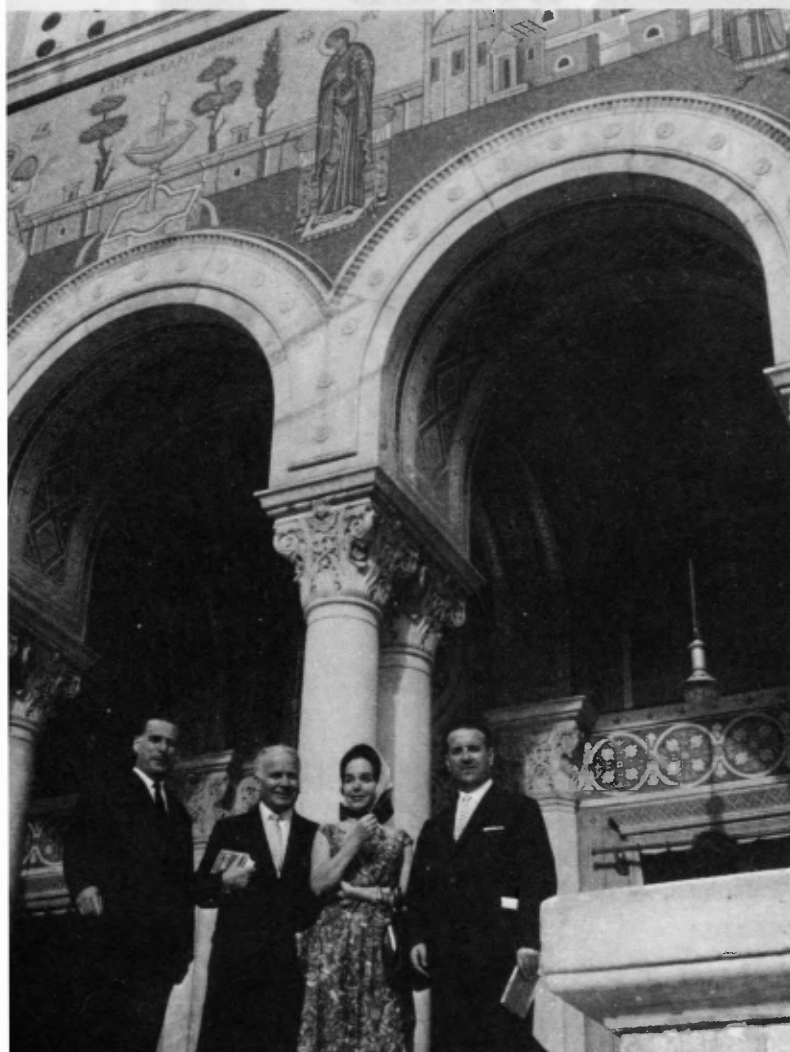
TENGO que confesar que me ha costado mucho tomar la pluma para escribir estas líneas en memoria y homenaje a Florentino Pérez-Embid. Y cuando la tomo, tantos recuerdos se agolpan en mi mente que mi mano se frena y enlentece. ¿Qué puedo decir yo de Florentino si todos los lectores saben que era para mí más que un amigo? Toda mi familia lo adoptó como algo propio. Hijos e hijas le adoraban y cuando venía a casa le rodeaban como a un amigo pro-

tector. Por otra parte me resulta enormemente difícil hacer una selección entre tantas empresas que vivimos juntos que pueda interesar al lector y nutrir su memoria. Hay, tal vez, una faceta que nadie más que yo vivió y es la de haber conocido desde hace muchos años su intimidad personal. Florentino vivo era muy celoso de su intimidad, a pesar de una apariencia extrovertida y frondosa. Florentino muerto, el descubrir en parte su intimidad resulta ejemplar y por lo tanto él estaría de acuerdo. Pero a pesar de este convencimiento y de la amistad que presidió gran parte de nuestra vida, la natural reserva por mi parte llena de emoción mi ánimo y acrecienta la dificultad de mi tarea.

Un día, hace ya muchos años, vino a verme a mi consulta. Le traían unas molestias sin importancia y alguna que otra crisis de ansiedad que había tenido en sus años adolescentes. «Yo estaba un día en el frente de batalla —me dijo— y pensé súbitamente que todo aquello que me rodeaba no tenía sentido.» Le contesté que esas vivencias son normales en la adolescencia y prácticamente ineludibles. Sólo cuando adquirían un tono especial o cuando se hacían demasiado frecuentes se las podía considerar como patológicas, lo que no era su caso. «Por entonces —me dijo— cayó en mis manos un libro suyo dirigido a los universitarios españoles y su lectura me curó.» Mi comentario fue inmediato: «No sería muy fuerte la crisis.» Y recuerdo exactamente lo que me contestó: «Encontré el sentido de mi vida. Sería catedrático de Universidad si salía con vida de la guerra.»

Y así fue. Traía mi libro profusamente subrayado y con notas en el margen. Cuando vino a verme ya era catedrático de Universidad. Le dediqué el libro. Le di unas tabletas para sus molestias. Nada más ocurrió aquel día. ¿Nada? Yo diría que ocurrió todo en mis relaciones futuras con Florentino, porque aquella entrevista marcó para siempre la amistad que presidió toda nuestra vida. Sólo la muerte la truncó. Pero no,

Con el matrimonio López Ibor en Grecia.





Visita al Japón, 1971.

tampoco es así exactamente. Para los que creemos en la otra vida, los valores humanos —y la amistad lo es en grado excelso— siguen vivos en el tiempo de Dios. La amistad cabe, si uno pudiera expresarse así, en la trascendencia. Incluso es pura trascendencia. La amistad humana es la expresión terrena de la divina caridad. Mi amistad con Florentino sigue viva a través de mi recuerdo y sobre todo de la oración que sube al cielo.

«Si la amistad desapareciese de la vida sería tanto como si el sol se apagara. Nada mejor ni más grato hemos recibido de los dioses inmortales. A eso se llama amistad.» Éstas son palabras de Cicerón que expresan mejor mis sentimientos que mi pobre estilo personal. Y estas otras, de distinta área cultural. Preguntaron un día a Confucio si tenía alguna preocupación por una profunda arruga que surcaba su frente. «He perdido un amigo», contestó. La pérdida de algún amigo produjo arrugas profundas en el corazón de Florentino.

Muchas conversaciones tuve con él. Como otras plumas han escrito en este volumen sobre sus distintas facetas, creo que yo debo presentarlo de un modo más general y, sin analizar su rica personalidad, dar algunos detalles psicológicos cuya gama resulta ejemplar. En mi memoria, Florentino es uno y singular y me he

de referir a él como amigo y también como médico, situación similar para el que a su conocimiento añade su amistad.

Florentino tenía, como buen andaluz, mucho respeto a la muerte (miedo incluso, diría yo), que se manifestaba en las desviaciones de conversación cuando se hablaba de las postrimerías delante de él. Le molestaba la enfermedad como desorden en la vida. Tenía una vitalidad desbordante, tanto que le era difícil aceptar la idea de la muerte y de la nada cuando le atormentaba una crisis de angustia. «Ninguna persona normal concibe la nada», le decía yo.

Cierto día me llamó a las 8 de la mañana. Para quienes conocieron a Florentino sabrán que la hora era insólita en él, ya que no era persona antes de mediar la mañana. No me paré a analizar si la urgencia era debida a una cuestión política o personal, pero intuí que estaba tremendamente angustiado y le dije que viniera. A los pocos minutos —vivía entonces muy cerca de mi consulta— entraba en mi despacho. Sin sentarse y apenas sin saludar me espetó: «Vengo a que me digas quién es el mejor médico de Madrid para el cáncer.» «Para el que tú tienes, yo mismo puedo servir», le contesté inmediatamente. Una gran carcajada de Florentino fue el eco de mis palabras. Se sentó y estuvimos hablando de temas diversos que

nada tenían que ver con la ansiedad que le había traído a mi consulta. Al salir de mi despacho le pregunté si no quería algún medicamento. «Ya me lo has dado», contestó.

Al poco tiempo de esta anécdota le nombraron director general de Información. Tenía pocos años, muchas ilusiones y un gran empeño de servir. Otros habrán analizado esta etapa mejor que yo. Cierta día me vino a ver para pedirme que inaugurase ese año el curso del Ateneo. Le contesté que no, porque hacía muy poco tiempo que ya lo había hecho por invitación de Pedro Rocamora y pensaba que debía de pedírselo a otro conferenciante. Comprendió mis razones, pero volvió a pedírmelo al año siguiente y no me pude negar. Le di un título para la conferencia inaugural: *Espíritu y silencio sexual*. A los pocos días me llamó para decirme que su ministro y otro compañero de gobierno estaban preocupados con el tema que yo había dado. (Piensen los lectores en las fechas en que esto se producía.) Ambos ministros desearían que cambiase el tema de mi conferencia inaugural porque les inquietaba el título sexual. «No cambio ni tema ni título; díles que yo soy un intelectual serio. Ya puedes buscar a otro que inaugure el Ateneo», le contesté. Florentino vino a darme toda clase de explicaciones —que no necesitaba— y a decirme que podía dar la

conferencia con el título previsto. Florentino estaba totalmente de acuerdo con mi postura y creo que le dio cierto reparo el venir a verme. Esta vez fui yo el que reí a carcajadas. La conferencia se dio y no pasó nada, ni creo haber escandalizado a nadie, incluido los dos ministros que presidían.

Porque Florentino tenía un espíritu abierto como abierta es la tierra que le vio nacer. Y como el mar. Gustaba mucho de mirar al mar. Una vez pasaba unos días con mi familia en una casa que tenemos en Mallorca, junto al Mediterráneo. Estaba sentado en una terraza, con un libro en las manos, pero sus ojos miraban hacia el mar. Estaban en el mar. Otro día era en Santander, la ciudad que tanto amó. Y también sus ojos miraban al mar. Y en La Rábida. Y sentado en la cubierta de un barco navegando por el mar Egeo. El que ama al mar ama la apertura y la libertad. Florentino era un hombre libre y abierto.

Hasta la disciplina que escogió para su quehacer universitario nos hace pensar en aperturas oceánicas. Florentino nació frente a corrientes atlánticas. Y el Atlántico nos habla de lejanías y de infinitos, de Faustos sin Margaritas. Por eso produce al mismo tiempo angustia y nostalgia. España tuvo tanta prisa por convertir en atlánticas sus esencias mediterráneas que, apenas constituida su unidad —problema continental,

En la apertura de una exposición de Fernando Delapiente. Santander, 2 agosto 1971.





En su visita al Japón, 1971.

de tierra adentro—, se lanzó a explorar aquella ruta tenebrosa e incógnita. La historia de los descubrimientos la llevaba Florentino hincada en su ser.

Muchas veces le decíamos a Florentino que no era mediterráneo y ahora pienso que no teníamos razón. Porque del Mediterráneo nos vino la gracia y medida, nos llegó la lucidez. Nos vino aquel estoicismo alegre que llamamos senequismo. Y el considerar el valor de la persona humana y al hombre como medida de las cosas: ni muy grande, ni muy chico, sino sencillamente en el centro. Un poco en el ombligo del mundo, como piensan de sí mismos nuestros pícaros. Del Mediterráneo nos vino el aliento romano y católico, el sentido del Imperio y de la Redención.

Pensé en ocasiones que Florentino y Agustín de Foxá se parecían. No era sólo su contextura personal, ni el aire que ambos tenían de emperador romano, ni siquiera las angustias que con ambos compartí. Algo profundamente vital manaba por sus poros físicos. Algo que más que humano era espiritual o, más exactamente, que venía del estrato del ánimo, costura entre el alma y el cuerpo. Ambos murieron antes de envejecer. No hubieran sabido hacerlo. Apenas habían cruzado la frontera de la madurez cuando ya su corazón se había quebrado. Ambos eran mediterráneos porque para serlo no es necesario nacer junto a sus costas. La esencia mediterránea se extiende benéfica-

mente por toda la piel de toro nacional. ¡El mar, siempre el mar! ¡Cómo renunciar a él si cuando salimos de la meseta nos tropezamos con él y cuando nos queremos asomar fuera percibimos inmediatamente el regusto de sal!

Florentino fue también atlántico. Sus estudios universitarios y su niñez le hicieron amar a ese tenebroso mar. «*Non plus ultra*», inscribieron los antiguos en las columnas de Hércules. Su mundo era cerrado, geométrico, como un teorema de matemática euclidiana. Sus dioses eran demasiado humanos. Frente a todo ello España lanza su *plus ultra*, que no es sólo un grito terreno y planetario, sino un eco de un trasmundo distinto e infinito. ¿No retratan estas palabras el talante de Florentino? Pero el infinito pensado por el hombre, el infinito fáustico —aguas del Atlántico— es un infinito peligroso, lleno de dioses implacables y de brujas maléficas. Florentino no naufragó en ese infinito porque le traspasó la fe católica y romana de nuestros apóstoles, porque vivió en la gracia de Dios.

En la trama de los días que constituyen una vida señera no hay ruptura de continuidad. Menos todavía si quien vive posee aquel «eje diamantino» del que hablaba Séneca. En torno a dicho eje se forjan las grandes personalidades. Quien está desprovisto de él no logra ni siquiera la maduración de eso que llamamos «personalidad» y que en tiempos menos desacra-

lizados se llamaba el alma. Quien no tiene eje, «anda descentrado», se dice. Es más, arrastra su vida encorvadamente. Su cuerpo y, lo que es peor, su espíritu están torcidos. Florentino tenía un alma limpia, como lo era su mirada, siempre ilusionada y juvenil. Por eso pasó por la vida erguido e insobornable.

Creo que hay dos árboles que le sientan bien a la imagen de Florentino: el olivo y la encina de la serranía de Aracena. Ambos árboles se perfilan ante mí como un símbolo. Olivo andaluz erguido y generoso. Encina majestuosa y protectora como Júpiter. Olivo cuya fruta alumbra a Dios y alimenta al hombre. Encina añosa de los montes andaluces, fuerte y recia como corresponde a un país como España, raíz de tierra seca.

Quisiera, siquiera sea levemente, aludir a nuestra identidad de ideales patrios y afinidades políticas. Mucho he recordado a Florentino en el aniversario de su muerte y le recuerdo cuando escribo estas líneas. Varios viajes hicimos juntos para visitar a quien debíamos fidelidad. Un dato importante en la personalidad de Florentino era la fidelidad, virtud de la que tan necesitados andamos en estos tiempos. Florentino era un político y un patriota. Y era algo más sencillo y más noble a la vez: un servidor de inamovibles e intangibles ideales hacia su patria y su rey. Ideales y creencias que enraizaron en él y le pilotaron en vida.

Pienso que hubiera sido feliz con los pasados acontecimientos de otoño. Creo que lo es y tal vez comparta desde su lugar en la eternidad nuestras preocupaciones y esperanzas. Patria y Monarquía eran para él otra forma de creencia que no separó jamás de su creencia fundamental en Dios.

Florentino era pausado y agitado. Ecuánime y dulce, pero podía ser arrebatado en sus gestos y expresión. Agitaciones interiores que se presagian oceánicas en las costas de su tierra. Nada en él fue manchado por el tiempo. Ni su mirada perdió la ingenuidad de adolescente, ni su lustre vital hasta el momento de morir.

Un día de agosto me llamaron para darme la noticia de su enfermedad: un serio percance cardíaco. Cuando le vi ya estaba repuesto. «No he tenido miedo de morir cuando he visto a la muerte de cerca», me dijo. Y de nuevo me avisaron en diciembre de 1974. Fui a verle al hospital. Estaba muy sereno y así pasó casi una semana. Otro día me dijeron que ya estaba recuperado. Entré a verle muy animado, pero algo percibí en su actitud que me hizo temblar. El que estaba junto a mí no era mi enfermo, sino mi amigo. Su actitud era la del que ha terminado una tarea. Tranquilidad que presagiaba ya su fin. Le di un abrazo como siempre y hoy me entristezco al sentir que ya no podrá ser nunca más. ¡Descanse en paz!